

ALBUM SALON



CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí • Rambla de Cataluña, 148-150, Barcelona • Precio: 4 reales

Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO I

BARCELONA, 21 DE NOVIEMBRE DE 1897

NÚM. I

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactores:

SALVADOR CARRERA

*

V. SUÁREZ CASAÑ

COLABORADORES

Literatos: Leopoldo Alas (*Clarín*).—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar (*Marqués de Valdeiglesias*).—Isidoro Fernández Flórez (*Fernánflor*).—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—José Gutiérrez Abascal (*Kasabal*).—Jorge Isaacs.—Rafael M. Liern.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mérida.—F. Miquel y Badía.—Magín Morera Galicia.—Eduardo Montesinos.—Garpar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Francisco Tomás Estruch.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—José Villegas (*Zeda*).—Baronesa de Wilson.

Pintores y dibujantes: Joaquín Agravot.—Fernando Alberti.—José Arijá.—Luis Alvarez.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cusachs.—José Cuchy.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—Félix Mestres.—Nicolás Mejía.—Francisco Miralles.—Méndez Bringa.—José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Arturo Serriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—Marcelino de Unceta.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

Músicos: Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Claudio Martínez Imbert.—Joaquín Malats.—Enrique Morera.—Luis Millet.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

NOTA. — Como observará el público los anteriores nombres, están colocados por riguroso orden alfabético.

NUESTROS PROPÓSITOS

Si el arte es la imitación de la naturaleza y el artista se forma con la observación y el estudio de la misma, claro está que cada pueblo ha de tener sus fuentes distintas de inspiración y sus diversos modelos de belleza. No sentirá lo mismo el color, por ejemplo, el que pinte bajo el cielo esplendoroso de Andalucía que aquel que traslade al lienzo el nebuloso ambiente de los fríos países del Norte. Y aunque la belleza está en todas partes y es muchas veces subjetiva, ¿qué duda cabe que la naturaleza ha sido más pródiga en unos países que en otros?

España es una tierra privilegiada para el arte.

La fecundidad de su suelo, lo benigno de su clima, la alegría de su ambiente y la belleza de sus paisajes despertaron siempre la envidia de los extranjeros que á porfía quisieron conquistarla en guerras sin cuento durante los primeros siglos de su existencia que fueron casi constantemente para nosotros siglos de reconquista.

No menos que la naturaleza influyeron en nuestros sentimientos artísticos nuestra historia heroica y casi legendaria, nuestro contacto con la civilización árabe, nuestras guerras, nuestras conquistas y nuestros descubrimientos en ignotas tierras.

Cuajada está España de monumentos romanos, de catedrales góticas y de orientales palacios.

Y si famosa es por su suelo, por su historia y por sus monumentos, no lo es menos por el carácter de sus habitantes y por la variedad de sus costumbres.

Fijándonos solamente en la mujer, principal elemento artístico, ¿qué país cuenta con la diversidad de tipos tan castizos y propios como nosotros?

Digan los mismos extranjeros si hay mujeres comparables á la saladísimá andaluza, á la varonil aragonesa, á la matrona catalana, á la dulcísima gallega, á la hermosa valenciana y á la patriótica, ingeniosa y fina

madrileña, tan distintas en sus trajes, en sus costumbres, en su lenguaje y hasta en su fisonomía.

¿Quién no se siente inspirado y artista viendo bailar el zortzico, la clásica sardana, las alegres seguidillas y el arrebatador fandango?

¿Quién no siente hervir la sangre con entusiasmo patriótico oyendo los varoniles acentos de la jota aragonesa? ¿Quién no se conmueve escuchando los dulcísimos y melancólicos acordes de los aires andaluces?

¡Qué mucho, pues, que en España hayan brillado siempre poetas insignes y pintores famosos!

Y sin embargo, modestos ó negligentes, los españoles no hemos sabido apreciar estos tesoros ni menos ensalzarlos á los ojos del mundo.

Ricos en arte y poesía hemos ido á mendigar á nuestros vecinos poesía y arte.

Más conocidos son en España los nombres de todos los que han brillado allende los Pirineos que los propios nombres de nuestros grandes ingenios, muchos de los cuales han muerto casi ignorados ó han consolidado su reputación fuera de su patria ingrata.

Abrid una de nuestras principales ilustraciones y hallaréis casi exclusivamente reproducciones de cuadros extranjeros, traducciones de escritos de otras lenguas, grabados publicados en otros países.

Esta preferencia por todo lo que no es español tiene su origen en muchas causas que no es posible dilucidar aquí; pero de ningún modo en la carencia de méritos propios.

Grande es el daño que de esto se reporta á una nación.

Mata el estímulo, engendra el menosprecio por todo lo nacional, arrastra á la juventud á imitar sin discernimiento ajenas inspiraciones que no tienen razón de ser en nuestra patria y engendran un arte híbrido, amanerado, convencional y funesto.

No es este lugar oportuno ni disponemos de espacio suficiente para

ahondar cuestión tan importante y transcendental, pero basta con lo apuntado al correr de la pluma para convencer á los que piensan y sienten y estudian con seriedad el movimiento contemporáneo.

Dicho lo que antecede, casi huelga exponer qué propósitos son los nuestros al echar los cimientos de una nueva publicación literaria y artística.

ALBUM SALÓN será una manifestación artística genuinamente española, una crónica gráfica del movimiento pictórico contemporáneo y un mentor del gusto y del sentimiento estético.

Sin remontarse á las nebulosas regiones del arte puro, ni á las clásicas arideces de un arte docente, no decenderá tampoco, con halagador servilismo, al pedestre cultivo del gusto chavacano.

Existe en España un núcleo fecundo de artistas de universal nombradía y de indiscutible talento, que vive sólo para los inteligentes y los apasionados de la pintura, sin medios de alcanzar una popularidad que tiene muy merecida y que gozan en otros países inteligencias mediocres, gracias á la abundancia de publicaciones del género de la que hoy ofrecemos al público.

Es verdaderamente vergonzoso que en la patria de Velázquez y de Goya, de Fortuny y de Rosales, no exista un periódico verdaderamente español, consagrado á popularizar y extender por el mundo entero los prodigios de nuestra paleta.

Empresa, es esta, de grande empeño y de no escasas dificultades; pero

nos sobran alientos para llevarla á cabo. Para obtener una buena cosecha sólo se necesita un labrador experto, buen grano para la siembra y terreno abonado para ella. El terreno es el público culto, el grano la pléyade de artistas que florecen en nuestra patria, y el labrador nosotros, que á falta de otras dotes, poseemos amor al trabajo, constancia y fe.

La lista de colaboradores que estampamos más arriba, dice, en favor de nuestros propósitos y del porvenir del ALBUM SALÓN, más que cuantos elogios quisiéramos añadir nosotros. Nombres hay que por sí solos basta cada uno de ellos para dar honra y brillo á una nación, cuanto más á un periódico.

No hemos echado en olvido á los distinguidos literatos americanos que cultivan la hermosa lengua de Cervantes y que tanto en prosa como en verso honran la patria de sus mayores.

Con especial cuidado consagraremos nuestras páginas al estudio de las costumbres de aquellos países hermanos, de sus tipos, de su historia y tradiciones; á las bellezas de aquellos países exuberantes y poéticos, ligados siempre á España por lazos indestructibles de amor y simpatía.

Réstanos sólo saludar humildemente y con respetuoso cariño á la prensa española y americana y á la de Europa entera, de la cual aguardamos cordial y protectora acogida, sino por nuestros méritos propios por la intención noble, levantada y patriótica de nuestra empresa.

Para completar el programa de nuestros propósitos, ponemos á continuación las

CONDICIONES MATERIALES DE ALBUM SALON

Aparecerá todos los domingos, con gran puntualidad, bajo la misma forma y tamaño del presente número.

Cada número contendrá cuatro páginas artísticas, reproduciendo **EN COLOR** cuadros de nuestros principales pintores, con gran variedad de asuntos y firmas, y dando cabida á todos los géneros y á todas las escuelas sin preferencia por ninguna.

Ocho páginas más tiradas esmeradamente **EN NEGRO**, consagradas á notas de actualidad, retratos, vistas, artículos ilustrados, y cuanto constituye hoy la información gráfica de este género de periódicos.

En estas ocho páginas insertaremos artículos de nuestros literatos más reputados, poesías de nuestros mejores poetas y novelas ilustradas, procurando alternar lo ameno con lo instructivo, lo serio con lo festivo y señalando lugar preferente á los acontecimientos importantes de actualidad, etc., etc.

Daremos además, como

REGALO A LAS SENORAS

una preciosa lámina suelta representando

UN HERMOSO FIGURÍN EN COLORES

de última novedad, y

CUATRO PÁGINAS DE MÚSICA

de nuestros principales compositores. Estos regalos se repartirán alternativamente, dando unas semanas música y otras figurines.

Las páginas musicales se compondrán de piezas selectas para piano y para canto y piano, ya escritas expresamente para nuestra ilustración, ya cedidas por maestros y compositores, escogidas de las mejores óperas y zarzuelas, alternando con bailables diversos, romanzas, etc., etc.

Estas piezas irán artísticamente ilustradas y formarán al final de cada año UN RIQUÍSIMO Y ELEGANTE ALBUM DE MUSICA, de inapreciable valor.

Todo esto estará resguardado por unas magníficas cubiertas, distintas en cada número, con la reproducción al frente de un precioso cuadro **EN COLORES** hecho expreso por uno de nuestros pintores más reputados.

Las páginas restantes de estas cubiertas estarán dedicadas á escritos amenos, pasatiempos, caricaturas y anuncios.

El precio de cada número será

CUATRO REALES EN TODA ESPAÑA

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona. — En este Establecimiento editorial, Rambla de Cataluña, 151, y en las principales librerías y centros de suscripciones.

Extranjero y Ultramar. — En las Agencias editoriales debidamente autorizadas por nuestra Casa.

En Provincias. — En casa de los Señores Corresponsales, ó remitiendo en libranza del Giro mutuo ó sellos de franqueo el importe de diez cuadernos, con sobre al

CENTRO EDITORIAL ARTÍSTICO

DE

❧ MIGUEL SEGUÍ ❧

151, Rambla de Cataluña, 151

Ayuntamiento de Madrid



EDICION FIN DE SIGLO

La más moderna ♦ La más lujosa ♦ La más económica

EL INGENIOSO HIDALGO

Don QUIJOTE

DE LA MANCHA

POR

Miguel de Cervantes Saavedra

CONDICIONES DE SUSCRIPCION

Esta obra formará dos tomos de regulares dimensiones, profusamente ilustrados con bellísimos dibujos debidos al notable artista D. JAIME PAHISA, conteniendo una hermosa colección de cromos, debida al pincel de D. ARTURO SERIÑA, y de cuya reproducción artística, está encargada la acreditada litografía del SR. LABIELLE...

Semanalmente y sin interrupción se reparte un cuaderno, cuyo coste es el de

UN REAL

ya conste de dieciséis páginas, ya de ocho y UN MAGNÍFICO CROMO.



Tirada especial de **CIEN** ejemplares numerados, en papel de hilo superior.

EDICION DEDICADA A LOS CERVANTISTAS

Se reciben encargos para los pocos ejemplares que quedan al precio de 75 pesetas.

PUNTOS DE SUSCRIPCION

BARCELONA. — Centro editorial artístico de Miguel Seguí, Rambla de Cataluña, 151, y en las principales librerías y Centros de suscripción.

PROVINCIAS, EXTRANJERO Y ULTRAMAR. — En las agencias editoriales debidamente autorizadas por nuestra Casa.

HISTORIA DEL GENERAL PRIM

por **FRANCISCO JOSÉ ORELLANA**

Semanalmente y sin interrupción se publica un cuaderno que vale UN REAL, á pesar de contener 16 páginas de texto, ó bien 8 y un magnífico cromo.

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona

Ayuntamiento de Madrid

S. M. DOÑA MARIA CRISTINA DE HAPSBURGO - LORENA



REINA REGENTE DE ESPAÑA

Ayuntamiento de Madrid



EL CUARTO...

GRAN batahola aquel día, en el siempre pacífico y silencioso Palacio episcopal de Arcayla. Entradas y salidas de presbíteros y canónigos, con la tejuela bajo el brazo y los manteos flotantes, y de señores y caciques de la ciudad y de veinte leguas á la redonda, muy sopladitos, de levita cerrada, guantes prietos, acabaditos de estrenar, y bastones de puño dorado y reluciente contera; zambra en las amplias cocinas, bullir de pinches y marmitones, limpiando legumbres, batiendo claras y picando jamón; llegada de mandaderas de convento con recados de las monjitas y fuentes de natilla muy bordadas y festoneadas; bureo y trajín magno en el comedor, para disponer y adornar la luenga mesa de cuarenta cubiertos, disimulando que el servicio no era parejo, y que el señor Obispo, no contando con dar banquetes de tanto rumbo, había tenido que pedir prestado un suplemento de mantelería, de cristalería, de servicio de plata y de bajilla de loza... El caso se consideraba mortificante para el amor propio del mayordomo «de Palacio», y dos ó tres veces, sus labios apretados dejaron escapar frases agriales, más agrias que dulces (si toda la verdad ha de decirse), contra «el exceso de la caridad» porque «en todo

cabe exceso», y el no «hacerse cargo» de que las dignidades y altos puestos tienen sus exigencias, y docena y media de tenedores perniquebrados no es nada para la casa de un Prelado, expuesto á que de repente le caiga encima el chaparrón de un convite tan solemne como aquél... Friolera! ¡El propio ministro del ramo, Gracia y Justicia, en persona, que al pasar por Arcayla quería entregar en propia mano, al más joven de los Obispos españoles y uno de los más venerables ya por sus merecimientos y ejemplar virtud, el pectoral de amatistas, regalo de una altísima persona!

Mal como se pudo, remediáronse las deficiencias y discordancias del servicio, y hasta quedó la mesa que daba gozo, con sus ocho compoteras de variados dulces monjiles, sus tres canastillas llenas de magníficas flores naturales, sus cuatro *platós* de escogidas frutas, sus cinco ramilletes de piñonata, caramelo y almendra, sus dos piñas, regalo de un indiano, sus servilletas dobladas y repulsadas figurando una serie de blancas mitras, sus seis candelabros de plata con bujías de color, y su profusión de copas para los diversos vinos que habían de servirse. Acudieron á «ver la mesa» algunas señoras de lo principal de Arcayla, y se extasiaron, llenas de orgullo

y cayéndoseles la baba, por el lucimiento de su Obispo ante los peces gordos de Madrid; que al cabo, á Arcayla refluía el honor dispensado al Obispo, y ahora verían los envidiosos y los malos é incrédulos como se estima en elevadas esferas al que lo merece, y cómo no hacían ellos nada de más en desvivirse por su Pastor.

Las tres acababan de sonar pausadamente en el gran reloj de la torre de la Catedral arcaylense, y el Obispo de ocupar una de las presidencias de la mesa, frente al Ministro que aceptaba sonriendo é inclinándose la otra, cuando el portero de Palacio vió cruzar el zaguán y dirigirse resueltamente hacia la escalera á una señora desconocida, de aspecto en tal sitio asaz extraño. Para ojos inexpertos, ignorantes de ciertos artificios del tocador, la dama... ó lo que fuese, representaba á lo sumo cuarenta años: para los inteligentes, sabe Dios si podrían añadirse á la cuenta cuatro lustros bien corridos. Cinchado por un corsé magistral, el talle de la señora se gallardeaba señalando ciertas curvas osadas, mórbidas aún; el traje era de corte exagerado y provocativo; y el sombrero, redondo, enorme, recargado de plumaje y broches de brillantes falsos, sombreaba la cara lunar, barnizada de afeites, en que los labios de bermellón se destacaban como herida reciente, mientras el pelo, teñido de un rubio de cobre, fulguraba recordando la aureola de fuego de Satanás. Indignado y escandalizado, el portero se acercó en actitud hostil á la intrusa, y al llegarse á ella, recibió una bocanada de esencias y perfumes que por poco le tumba de espaldas, apestandole más que si fuese vaho de infernal azufre.

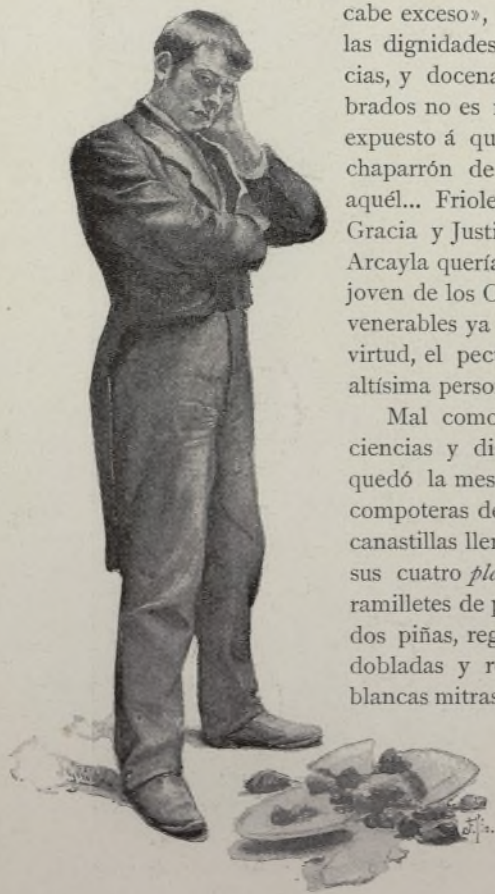
—Eh! señora! eh! No se pasa! — gruñó el portero; pero la dama, que sin duda esperaba recibimiento semejante, se lanzó impávida por la escalera de piedra, empujó la mampara de damasco, y se coló de rondón en la antesala, donde un familiar platicaba con dos ó tres rezagadas devotas, con media docena de señores formales y tal cual desperdigado, del séquito del Ministro. En pos de la intrusa, subía el portero, desalado, sin aliento ni para reiterar el «no se pasa». Familiar, damas y caballeros, volviéronse sorprendidos, mientras la señora, arrogante, se plantaba desafiándolos, retando al universo si era preciso.

—Señora — advirtió el familiar, acudiendo en auxilio del portero — no puede usted ver á Su Ilustrísima; tenga la bondad de retirarse.

—¿Que no puedo verle? — repitió la perfumada, despidiendo á cada contorno del talle la misma inequívoca peste almizclada y oriental. — ¿Que no puedo? ¡Eso lo vamos á ver ahora! ¡No poder ver yo al Obispo de Arcayla! ¡Pues está bueno!

—Imposible, señora; lo siento mucho... — exclamó el familiar algo preocupado, y bajando cautamente la voz, porque notaba la extrañeza y recelo indefinible del grupo reunido en la antesala. — Su Ilustrísima, en este instante, está comiendo... Mañana, á otra hora... veremos si es posible que conceda á usted una audiencia.

—¡Audiencia á mí! Atrás, so simple... Audiencia... ¿audiencia á su madre?



La frase cayó como una bomba en el grupo de la antesala. ¡Madre! Si la intrusa acierta á soltar otra cosa, realmente atroz, no sería mayor el escándalo. ¡Madre! ¡Aquello, la madre del Obispo de Arcayla! Sálfa cierto lo que decían en voz baja los impíos de la prensa y los rebeldes del Cabildo; lo que llamaban calumnia infame los amigos y admiradores del Prelado: que éste era un hijo expúreo, recogido por su padre á fin de que no se degradase al contacto de la mujer galante y venal que lo había llevado en sus entrañas! ¡Aquella historia de oprobio se confirmaba con la presencia de la pájara, de la empedernida y vieja pecadora! ¡Y qué oportunidad la suya, aparecerse en tal momento! El familiar se interpuso, aterrado, temblando, tan fuera de sentido que ni acertaba á formar palabra.

—La señora madre de Su Ilustrísima... ha... ha... ha fallecido hace muchos años — tartamudeó, cruzando las manos con angustia, implorando misericordia.

—¡Fallecer! ¡Pronto me ha enterrado usted, curita! —exclamó riendo cínicamente la del perfume. Y, como una culebra, deslizóse de entre el grupo que la rodea-



ILUSTRACIONES DE SIMONT GUILLEN

ba, y guiada por su instinto maléfico, se lanzó al largo pasillo, y, no sin tropezar con un mozo que llevaba una fuente de frito, hizo irrupción en el comedor. El familiar la seguía desesperado, sin conseguir darle alcance.

Cuando vió surgir, á manera de espectro del pasado, á la mujer que tan amenazado le tenía con «armar la gorda» si no le enviaban dinero y más dinero, el Obispo de Arcayla palideció y se demudó como el sentenciado cuando ve el patíbulo. No amor, no ternura, sino vergüenza y espanto le causaba, por terrible anomalía, la presencia de aquel ser que cuando inspira amor lo inspira tan inmenso; la presencia de la que le había concebido en el pecado, abandonado en la niñez, olvidado en la juventud, y abochornado y torturado en la edad viril. Cabalmente la ignominia y degradación de la madre impulsaron al hijo á abrazar el sacerdocio, renunciando para siempre al amor, al hogar, á toda perspectiva de felicidad mundana. ¡Y ahora se le presentaba, le echaba al rostro la afrenta, allí, en presencia de todos, delante de los que venían á honrarle, en ocasión de estar recibiendo públicamente un testimonio de respeto, de homenaje halagüeño y merecido!

Era hombre el Obispo, era de carne su corazón, y se retorcieron en él las víboras de una tentación horrible... Desmentir, negar, expulsar á aquella mujer, sin perder minuto, como á una pobre loca! Pero casi en el mismo instante, los brillantes del rico pectoral que estrenaba, enviaron un rayo claro á sus pupilas... ¡La cruz resplandeció! y, descolorido, sereno, grave, cerrando los ojos, pisoteándose las pasiones, el Obispo se levantó, fué al encuentro de la intrusa, tendió la frente al beso de los impuros labios maternos... y volviéndose hacia los convidados, dijo en voz algo velada, pero honda y tranquila:

—Mi madre ha querido honrar hoy mi mesa... Siéntese donde le corresponde: la presidencia, frente al señor Ministro!

Años después decía el Obispo, cargado de edad y de méritos, envuelta su humildad en la cardenalicia púrpura, como el cielo se envuelve en las magnificencias del ocaso:

—Así como hay «hijos de lágrimas», puede haber madres y padres «de penitencia». Yo pedí tanto por mi madre, que tuve el consuelo de verla morir en un convento de Arcayla, á donde se retiró voluntariamente.

EMILIA PARDO BAZAN

LA ÚLTIMA AZAFATA

EN los días en que más preocupado se hallaba Madrid por el inicuo crimen de Santa Agueda, alzábase en una de sus iglesias modesto túmulo, sobre el que descollaba una hermosa corona de flores naturales. El oficio de difuntos era sencillísimo, y en torno de la representación de la muerte sólo se veían algunos caballeros ancianos y algunas señoras que con los encajes de la mantilla negra cubrían venerables canas.

El curioso que hubiera querido indagar por quién se levantaba aquel túmulo y por quién se rezaban aquellas oraciones, hubiera sabido que eran por el alma de una dama de grandes virtudes, que hacía un año había exhalado el último suspiro; por la condesa de Sornondegui, dama particular de S. M. la Reina. La augusta Soberana había dado orden de que se colocase la corona, cuyos colores destacaban sobre el paño mortuario, y aquél era el homenaje que recibía por sus dilatados servicios *la última azafata*.

Porque doña Cristina de Sornondegui, condesa de Sornondegui, puede ser considerada como la última representante de aquellas fieles servidoras de la Reina de España, que llevaron la denominación de azafata y que tuvieron su papel en el acreditado é interesante reinado de Doña Isabel II.

Eran, por regla general, esposas de militares de alta graduación ó de importantes funcionarios, que habían quedado viudas, sin más recurso que una modesta pensión, y que en Palacio encontraban casa, medio de educar á sus hijos, si los tenían, un sueldo que unir á su paga de viuda, y los medios de vestir con decoro; pues la generosidad de la Reina Isabel repartía entre ellas los trajes y sombreros que apenas había usado y que eran siempre riquísimos.

Dos veces al año, al comenzar el invierno y á principios de verano, se hacían en Palacio estos repartos que dejaban sitio en el guardarropa de la reina para la nueva gala, y que permitían á las azafatas y á sus hijas, vestir con elegancia después de reformar los vestidos y suprimir de ellos lo que era demasiado lujoso.

Estas señoras eran una especie de damas de compañía de la Reina, que entraban en funciones por la mañana, asistiendo á todos los detalles del tocador de la Soberana y que no se separaban de ella hasta que por la tarde entraba en funciones la Dama Grande de España que estaba de servicio, y que volvían á su puesto cuando desaparecía la etiqueta y se entraba en la intimidad.

No hay que decir la influencia que ejercerían en señora tan expansiva y bondadosa como Doña Isabel II, y la crónica íntima de aquel reinado absurdo en anécdotas en que desempeñan un principal papel las azafatas; y alguna hubo, si hemos de creer lo que se cuenta, que abusó de la regia confianza, poniendo la estampilla con que firmaba la Reina, en documentos que dieron lugar á ruidosos escándalos.

No fué, en verdad, de las que usaron de la intriga, la respetable condesa de Sornondegui: entró á desempeñar su cargo á la muerte de su esposo el general Vasallo, y no ha tenido servidora más leal la dinastía, ni ha pisado las cámaras de Palacio señora más prudente ni más enemiga de la murmuración, ni que mejor se ciñese al cumplimiento de su deber, sin salir jamás de su esfera. A esto debió su prestigio y el consuelo para ella grandísimo de ser la única compañera de su Reina en los días tristes del destierro que siguieron al triunfo de la Revolución de septiembre de 1868.

ROMAN RIBERA



¡A LA SALUD DE USTEDES!...

Ayuntamiento de Madrid

VICENTE CUTANDA



LOS ÚLTIMOS AUXILIOS

Ayuntamiento de Madrid

La instalación de la Soberana destronada y de su familia en París, los viajes de la Reina á Ginebra y á Roma, las largas negociaciones de la abdicación de Isabel II en favor de su hijo Don Alfonso XII, fueron sucesos que tuvieron por principal testigo á Cristina Sornondegui que hubiera podido dar acerca de ellos interesante noticia, si su proverbial discreción no se lo hubiera vedado.

Intrigas cortesanas que aun se dejaban sentir en el destierro con más fuerza que en el poder, la obligaron á venir á Madrid antes de la restauración, y aquí vivía modestísimamente, cuando Don Alfonso, restablecido en el trono la volvió á llamar á Palacio, dándola allí casa, lo mismo que á su hermana doña Amparo, antigua camarista, casada con el coronel Adrián, y á su hermana de madre, la marquesa de los Remedios, aya que había sido de la infanta y que estuvo al servicio de Doña Paz, hasta que esta dulce y angelical princesa contrajo matrimonio con el príncipe Don Fernando de Baviera.

La actual Reina Regente cobró desde que vino á España mucho cariño á la respetable anciana, que su esposo la presentó como una fiel servidora, y la tuvo constantemente á su lado, siendo durante mucho tiempo su única dama particular, y la que más la acompañó en los tristes y amargos días que siguieron á su prematura viudez.

La abnegación, el sacrificio de la propia voluntad en aras de la voluntad ajena, la fidelidad y la discreción, pocas la han conocido en el grado que esta respetable señora, que, á pesar de su edad avanzada, no conocía la fatiga y estaba siempre en su puesto.

Yo he recordado muchas veces al verla, el interesante estudio de Lord Macaulay, acerca de Fanny Burney, la célebre escritora inglesa que estuvo durante cinco años al servicio de la Reina Carlota, esposa de Jorge III.

No sufrió la venerable dama los tormentos de que fué víctima la autora de *Evelina* y de *Celia*, y que tan minuciosamente describe el insigne escritor al tratar de la vida íntima de la servidora de la Reina inglesa; y es que en esos cargos no hay que buscar satisfacciones de la vanidad, como los buscó el padre de Fanny Burney al obligar á su hija á aceptar el cargo palatino, sin provechos y recompensas, sino que hay que tener abnegación y sentir el cariño y el respeto por la elevada persona á quien se sirve. Sin esto, la tarea es muy ingrata, y expone á sufrir la tormenta que durante cinco años experimentó la que era, al ir á la Corte, la novelista más popular de Inglaterra, y que tuvo que renunciar á sus trabajos literarios, para estar desde las siete de la mañana hasta las once de la noche de servicio, para poner por la mañana el corsé, los ahuecadores, el vestido y la pañoleta á la Reina; para rizarla dos veces por semana y empolvársele todas las tardes; para arreglarle la cómoda y armario; para permanecer durante la tertulia de pie detrás de su sillón; para darla los guantes, el abanico y el pañuelo; y sobre todo para soportar á su jefa Mme. Schwellenhery, que la Reina había llevado de Alemania, y que era, según dice textualmente Lord Macaulay, «una vieja insoportable, aduladora y servil, verdadera chinche palatina, más ignorante que una moza de retrete, orgullosa y encopetada como un cabildo de canonesas tudescas, grosera y gruñona, y tan incapaz de soportar la soledad como de conducirse decorosamente en compañía.»

La corte de Doña Isabel II fué muy diferente de la de Jorge III, y en ella abundaron más los tipos simpáticos y venerables, como los de la noble condesa que murió hace un año en el palacio de sus reyes y que ha dejado en todos los que la conocieron tan gratos recuerdos, haciendo sumamente simpático el tipo tan admirablemente representado por ella de la última azafata.

KASABAL

MONTEVIDEO



TEATRO SOLIS



PSIQUIS Y EL AMOR

EL MATRIMONIO Y EL CALZADO

DICE un antiguo adagio, que los extremos se tocan, y que de lo vulgar á lo sublime hay un solo paso.

No extrañarán, pues, mis lectores que yo encuentre una grande analogía entre el hecho de comprarse un par de botas y el de tomar una mujer en matrimonio.

Figúrense ustedes á un individuo que pasa por una zapatería y ve en el escaparate unos magníficos zapatos de última novedad, de excelentes hechuras y material riquísimo.

El hombre tiene dinero para permitirse el lujo de comprarlos, y, sin más reflexión, entra en el establecimiento, se los prueba de prisa y corriendo, y sale triunfante con el par debajo del brazo, envuelto en satinado papel.

Pero resulta que á la primera postura nota que le son algo estrechos y que ve las estrellas en mitad del medio día.

Primera decepción.

¡Pero son tan bonitos!

Sufre y calla, mas llega un momento en que ya le es imposible resistirlos y tiene que desecharlos ó sufrir un tormento peor que el del potro.

Lo mismo, exactamente lo mismo sucede en esos matrimonios en que el hombre sólo ha buscado la belleza de la mujer y se ha dejado deslumbrar por apariencias engañosas.

El calzado y la mujer deben ser á medida.

Muchas veces veréis un matrimonio joven, rico, que se ha unido enamorado el uno del otro... y, sin embargo, no son dichosos.

¿Por qué?

¡Ellos sabrán donde les aprieta el zapato!

Muchas veces el calzado hace daño, no precisamente por culpa suya, sino por culpa de los pies que lo calzan, que son deformes ó están llenos de callos.

Igualmente en el matrimonio no es siempre culpa de un cónyuge la desgracia del otro, sino culpa del mismo que tiene callos y durezas en el corazón y en el alma.

Lo natural es ir á casa de un callista, tratándose del calzado: tratándose del matrimonio, poner enmienda á las asperezas de nuestro carácter y corregir nuestra conducta moral.

Pero es más cómodo y más conforme con nuestro egoísmo y nuestro amor propio, maldecir del zapatero ó del cura que bendijo nuestra unión. Hay que cuidar de los zapatos y hay que cuidar de la mujer.

Si el que estrena unas botas se mete con ellas por el lodo y camina sin mirar donde pone los pies, y no las limpia, y las tira á un rincón, y pisa torcido... en cuatro días las botas dan asco, y se estropean y se rompen.

No hay que maldecir entonces de las botas, ni del zapatero, sino de la falta de cuidado que se ha tenido con ellas.

Lo mismo el que tiene una mujer buena, por buena que sea, no ha de exponerla al lodo ni á los abrojos del mundo, ni desatender á sus necesidades, ni descuidar su limpieza.

Unas botas de suela fina y de piel de guante, son excelentes para pisar las mullidas alfombras de los palacios; pero si se las pone un campesino, no tiene botas para cuatro días y se clavarán las espinas de los zarzales y las piedras del camino.

En el matrimonio hay un refrán que dice «cada oveja con su pareja», y es una sentencia sabia que indica la conveniencia de elegir iguales las educaciones, la clase y la instrucción.

Los hombres que caminan descalzos tienen los pies encallecidos y deformes.

Los que permanecen solteros tienen encallecido el corazón y deforme el alma.

Cuanto más tiempo se va descalzo, más imposible es luego ponerse zapatos.

Cuanto más tiempo se permanece soltero, más difícil es hallar luego la felicidad en el matrimonio.

El que va descalzo se expone á tropezar y herirse.

El que no se casa, también tropieza y se hiere.

Entre que hagan daño los zapatos ó herirse los pies, vale más lo primero.

Hay hombres que tienen mujeres hermosas y se pirran por una fea.

Esto se explica por la misma razón de que hay quien lleva unas botas magníficas y está deseando llegar á casa para calzarse unas inmundas y viejas zapatillas.

Antes de desechar un calzado hay que probar todos los medios de aprovecharlo. En último caso se le mete en la horma.

También hay horma para las mujeres.

Los zapatos están en el escaparate esperando al comprador.

Las mujeres también esperan al marido en el escaparate del mundo.

El hombre es siempre el que escoge.

Si escoge mal no se queje.

¡Cuántas veces tendrán motivo los zapatos para quejarse del pié brutal que se sirve de ellos!

¡Cuántas veces la mujer podría quejarse del marido!

Hay pies imposibles y maridos más imposibles aun.

Entre dos males necesarios: ir calzado ó ir descalzo, obtemos por ir calzados; pero aprendamos á elegir zapatos.

VICENTE SUAREZ CASAN



UN DISCIPULO DE BACO

SONETOS

I ANTÍTESIS

Nunca la acción sin ideal, movida
por ciegas fuerzas, al azar y á oscuras,
de sus uniones híbridas é impuras
concebirá, por el dolor ungida.

Nunca tampoco la abstracción, nacida
entre la nieve de áridas alturas,
podrá llevar en sus entrañas duras
el germen palpitante de la vida.

Una es estéril para el bien humano,
como lo son las vírgenes austeras
que un voto aparta del amor profano;
la otra, entregada á sus pasiones fieras,
estéril es, en su impudor liviano,
con la esterilidad de las rameras.

II PESIMISMO

En la cruel desilusión que á modo
de niebla gris tu corazón invade,
ves el mundo, y su vista te persuade
de la infinita vanidad de todo.

Dios, para tí, es un déspota beodo
que á la injusticia la irrisión añade,
y sin que al grito del mortal se apiade,
goza amasando en lágrimas el lodo.

Delante del misterio que te asombra,
con tu siniestra negación reemplazas
cuanto en la vida con amor se nombra;
y es que en tu orgullo, cuando el bien rechazas,
tomas por noche universal la sombra
que en torno tuyo con tu cuerpo trazas.

EMILIO FERRARI

LOS TEATROS DE MADRID



CATORCE teatros funcionarán en Madrid cuando se publiquen estos renglones. Cualquiera pensaría ante esta abundancia de diversiones públicas, que vivimos en el mejor de los mundos posibles. Nada, por desgracia, menos cierto. Pocas veces ha sido tan angustiosa como lo es al presente la situación de España; los duelos y quebrantos se suceden sin interrupción y el porvenir se muestra de día en día más obscuro. Esto no obstante, el ansia de placeres aumenta en asombrosa progresión. ¿Cuál es la causa de tan extraño contraste? ¿Busca la gente olvido á sus pesares en el aturdimiento de las fiestas? ¿Hemos llegado acaso á ese período de atonía en que la sensibilidad se embota?... No lo sé: lo cierto es que el pueblo de Madrid se divierte en grande. Buena prueba de ello es que la capital de España, en proporción á la población de París, cuenta con triple número de teatros que la capital de Francia.

Y lo más asombroso de todo es que las empresas teatrales, á pesar de tener gastos enormes y pagar á los artistas sueldos *fabulosos*, no sólo viven, sino que algunas realizan exorbitantes ganancias. Ahí está, por ejemplo, el circo de Price, cuya capacidad es casi tan grande como la de la plaza de toros, y sin embargo se ve lleno todas las noches de bote en bote, y eso que las localidades, gracias á la sabia institución de los revendedores, cuestan á doble precio del que marcan los carteles.

El género que actualmente se explota en este teatro es la zarzuela grande, el antiguo repertorio, en su mayor parte melodramático, que tanto hizo gozar á nuestros padres, y que hoy, por un raro caso de atavismo social, forma las delicias de todo Madrid. *Los Madrigales* y *El Juramento* triunfan en el actual momento histórico como triunfaban hace treinta años, y *Marina*, obra en la que se ha revelado un excelente tenor, el señor Casañas, es aplaudida con delirante entusiasmo.

Entre otras, hay una razón para que la antigua zarzuela cuente con numeroso y apasionado público. Al oirla, los contemporáneos del apogeo de este género, siéntense trasladados á los lejanos tiempos de su juventud. ¿Quién sabe cuán dulces recuerdos evocará en la memoria de los señores respetables que escuchan, en el circo de Price, con la boca abierta, á Berges y á la Fabra, la música de Oudrid ó de Arrieta? Los que todavía no hemos llegado á la vejez, no podemos menos de pensar que estos cantos son los que arrullaron nuestra infancia.

Noches pasadas asistí á la representación de *Los Madrigales*. En la sala abundaban

las respetables calvas; lo que queda de la generación pasada estaba allí. A cada situación melodramática, á cada frase altisonante, oía yo detrás y delante de mí, exclamaciones como las siguientes: «Estas sí que son obras...» «Ya no se escribe de este modo», y otras por el estilo. El numeroso público escuchaba con verdadero interés, se emocionaba, aplaudía, gozaba en una palabra. ¿Era la emoción estética la que cautivaba á los espectadores? No. El sentimiento que dominaba en la sala era semejante al que experimentamos, cuando tras larga ausencia, volvemos á ver los lugares que contemplamos en tiempos felices. ¿Qué importa que esos lugares sean ó no hermosos, si fueron testigos de nuestros placeres juveniles?

En los demás teatros, á excepción del Español, Princesa, Novedades y Martín, impera el género chico y aun el menos que chico. La Comedia, en donde durante más de veinte años Emilio Mario ha luchado con fortuna en pro de los fueros del arte escénico, se ha abierto al cartaginés incautamente. Quiero decir, que ha caído en poder de una compañía de zarzuela, á cuyo frente figura don José Riquelme. El contraste que entre su presente y su pasado ofrece el lindo teatro de la calle del Príncipe es tan grande, que el público no ha podido menos que decir «¡ah! con extrañeza» y algunas noches ruidosamente. De poco han servido hasta ahora los afeites con que el edificio se ha remozado, de poco también los bombos de los periódicos y los reclamos de la empresa. Los espectadores no se han dejado convencer: no se acostumbran á ver en aquel tablado, donde todavía puede decirse que resuena la voz de Mario, de María Guerrero, de Vico, de Thuiller, de Carmen Cobeña..., intérpretes de las obras de Echegaray, Galdós, Dicenta, Blasco..., no se acostumbra, digo, á los donaires, gorgoritos y zapatetas de los actores más ó menos *geniales* que allí ejecutan obrillas escritas para Romea ó para Eslava.

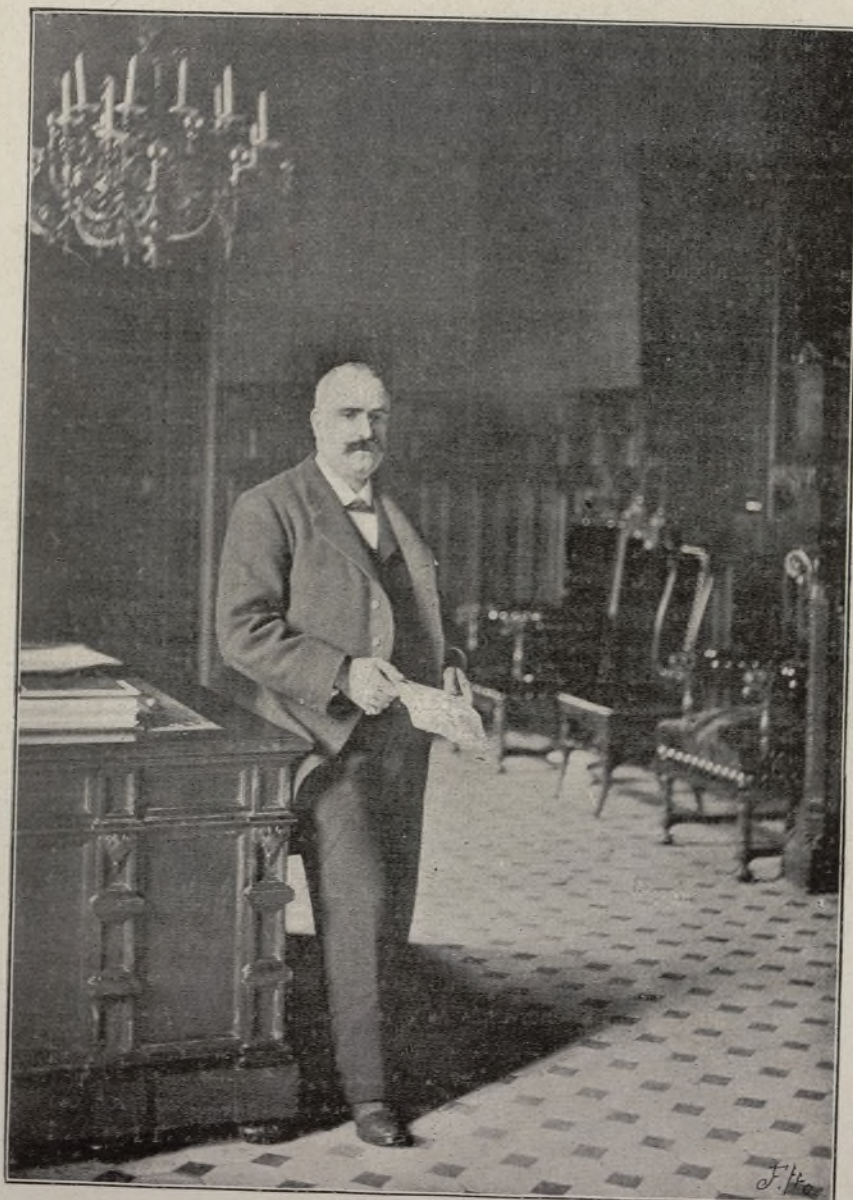
Este género, á decir verdad, cada vez es más absurdo y disparatado. Para un sainete escrito con sentido común y con verdadero ingenio como los de Javier de Burgos, Ricardo de la Vega, Miguel Echegaray, Fernández Shaw y algún otro, hay un fárrago espantoso de quisicosas, cuya fuerza estriba en la ligereza de ropa de las tipes y en las piruetas y contorsiones de los actores. No hay que buscar en las tales obrejas, ni argumento, ni tipos, ni situaciones cómicas. Las figuras que en ellas salen y entran sin saber por qué ni para qué, son siempre el chulo soez, la hembra descocada, el maestro de escuela hambriento y el sietemesino tonto. El gran recurso, la quinta rienda á que se agarran los autores, casi siempre en comandita, de estas obras, es lo que ellos llaman *chiste*. No nace éste del diálogo, antes el diálogo se hilvana para él; no depende de la situación de los personajes, de su carácter, del contraste que entre ellos pueda existir, de ninguno, en fin, de los naturales resortes de la belleza cómica, sino exclusivamente del doble sentido de algunas palabras, ó mejor dicho, de la significación obscena de ciertos vocablos. Cuanto más absurdos y disparatados son los coloquios, cuanto más retorcida está la frase y más bajos y más repugnantes son las ideas que ella evoca, más «chispeante» y chistoso es el diálogo.

No es la culpa de esta degradación del teatro ni de los autores, ni de las empresas. Unos y otras medran porque gran parte del público gusta de la mercancía que ellos les ofrecen. Y no se crea que entre los espectadores de los teatros chicos domina el elemento popular. La gente modesta que vive del trabajo mecánico no suele ir á los teatros por horas; prefiere el drama y mejor el melodrama. Busca en la representación dramática lo que no suele encontrar en la vida: el premio para el bueno y el castigo para el malo. El género chico no le place. De todos modos, contra éste, lo mismo que contra el mal gusto que lo sostiene, no hay protesta posible: vive porque debe vivir, porque se corresponde exactamente con el grado de cultura de una parte del público. Cuenta, además, con un auxiliar poderoso: la música. Por regla general, ésta vale incomparablemente más que la letra. Revistas y sainetes que *en seco*, esto es, sin música, serían estrepitosamente silbadas, *pasan*, son aplaudidas y se representan centenares de noches, merced, exclusivamente, al talento de los maestros compositores. Una parte del público acepta el coscorrón por el bollo, esto es, soporta la letra con tal de oír unos cuantos números inspirados y verdaderamente populares. Sin Chapí, Caballero, Chueca, Jiménez... ¡cuántas obrillas del género chico morirían la noche misma de su estreno!..

Por fortuna para el arte, pertenecientes también al género chico, existen en Madrid dos teatros, el de Lara y el Cómico, recientemente inaugurado, en los cuales, sino reina siempre el gusto castizo, se guarda constantemente respeto á la decencia y al decoro. En uno y otro local hay buenas compañías que trabajan con esmero, y en cuanto á los autores que tanto en Lara como en el Cómico llevan la voz cantante, basta con citar los nombres de Vital Aza, Ramos Carrión, Miguel Echegaray, Luceño y Burgos.

Hasta ahora los dos teatros se defienden con el antiguo repertorio. La única novedad que en el de Lara hemos visto, es la refundición en dos actos de la comedia de Vital Aza, titulada *El señor Cura*. Esta costumbre de *acortar* las comedias, prueba con harta elocuencia la necesidad que de *achicarse* tiene el arte.

—¿Y qué hacer sino empuñarse?— dicen, y si no lo dicen lo piensan, los más distinguidos autores. Tienen razón: el teatro grande, el



DON JOSÉ COLLASO Y GIL,
ALCALDE DE BARCELONA, EN SU DESPACHO.

Fot. de A. S. (Xatart) hecha exprofeso para ALBUM SALON.

verdadero, va desapareciendo de España como la media luna de la culta Europa, lenta, pero continuamente. El autor, y esto es una verdad de Pero Grullo, necesita teatro y público. ¿Dónde encontrarlos? De la Princesa no hay que hablar: cuando se pasa su cancela parece que se ha pasado el Pirineo. Allí no se representan más que obras extranjeras. Para los autores españoles queda sólo el antiguo corral de la Pacheca. ¿Puede el clásico coliseo responder á la actividad dramática, siquiera ésta sea escasa, de los escritores españoles? ¿Ofrece á éstos el estímulo de una recompensa pecuniaria en armonía con el esfuerzo intelectual que supone la composición de una comedia?

Para contestar á estas preguntas hay que tener en cuenta, primero, que las representaciones del teatro clásico privan á los autores de una quinta parte de noches hábiles para sus obras; y segundo, que el Español no tiene público más que dos noches á la semana: las de los lunes, consagradas al teatro antiguo, y las de los viernes, dedicadas á estrenos. Consecuencia de todo esto: la obra aplaudida que alcanza veinte representaciones (caso rarísimo) tiene que interrumpirse por fuerza tres veces (los lunes) y sólo cuenta con espectadores de *pago* la noche del estreno y la del viernes siguiente á aquél. ¿Vale la pena tan poco resultado de que un autor gaste largas vigiliias y penosos afanes, tenga que padecer el calvario que siempre supone un estreno, se exponga á sufrir burlas hasta de los imbéciles, para encontrarse, si vence, por toda recompensa con los derechos de dos representaciones?

Siendo esto así, ¿qué mucho que escritores que podrían dar gloria á nuestra escena, en vez de producir obras de importancia, busquen en el género pequeño triunfos y utilidades que no es posible encontrar en los teatros de primer orden?



SALON DE CONFERENCIAS EN EL AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

Fot. de A. S. (Xatart) hecha expresamente para ALBUM SALON

Tal es, á grandes rasgos, el cuadro nada halagüeño que ofrece la campaña teatral que acaba de inaugurarse, campaña que, sin grande exageración, podría resumirse en la siguiente frase: catorce teatros y ningún teatro.

ZEDA

CRONICAS LIGERAS

EN el momento *histórico*, como diría Gedeón, en que comienzo á emborronar estas cuartillas, nada notable ocurre en la condal ciudad de Barcelona, digno de que mi pluma de cronista se apresure á ponerlo en conocimiento de los apreciables lectores de ALBUM SALÓN.

Vivimos aquí en el mejor de los países imaginables.

En Sevilla, Málaga, Valencia y no sé donde más, los ríos se han salido de madre y de toda la familia, inundando campos y ciudades, y poniendo á sus habitantes como ropa de Pascua.

Pero esto son notas tristes cuyo relato nos conduciría á melancólicas reflexiones, y no es cosa de aumentar nuestros quebrantos con descripciones patéticas.

Aunque ajeno á nuestros propósitos el campo de la política, tampoco en él encontramos motivo de burlas ni chirigotas, pues el nuevo alcalde señor Collaso y Gil, y el gobernador señor Larroca, se han empeñado en hacerlo tan bien, que sólo alabanzas les prodiga todo el mundo.

De teatros podemos hablar muy poco, porque no nos han dado ninguna verdadera novedad, concretándose en los últimos días á propinarnos el clásico *Tenorio* en casi todos ellos.

No obstante, se anuncian varios estrenos, entre otros el importantísimo de una ópera nueva en España, que tendrá lugar en el Gran Liceo.

De los conciertos Nicolau en el Lírico, nada decimos tampoco, porque resultaría trasnochado y porque plumas más peritas han hecho ya, con mayor autoridad, su elogio.

En el Principal está haciendo una brillante campaña la notable compañía que dirige don Antonio Tutau, en la cual figuran actores de tan reconocido talento y sólida reputación como Carlota de Mena, Adela Clemente y Monner, y los ya indiscutibles Soler, Capdevila y Goula, acompañados de otros no menos queridos del público.

El joven actor señor Salvat, que ya tenía dadas repetidas pruebas de su talento, se ha revelado como un artista de gran porvenir en las representaciones del *Tenorio*, conquistando entusiastas y merecidos aplausos.

Esta compañía ha logrado revivir los buenos tiempos del decano de nuestros coliseos, y, los viernes se reúnen allí, con motivo de las funciones patrocinadas por el Círculo Ecuestre, lo más selecto de la sociedad barcelonesa.

El ejemplo del Principal servirá indudablemente de estímulo y emulación al clásico Romea, que cuenta también con una escogida compañía, y con esto ganará la cultura, que necesita de buenos espectáculos, y el teatro catalán que con tan notables intérpretes cuenta y no escasea de autores eminentes.

En el Eldorado anuncian *Agua, azucarillos y aguardiente*, de Ramos Carrión y del maestro Jiménez, que, por si no se ha estrenado aún cuando lean mis lectores estas líneas, tengo el gusto de anticiparles que es muy linda y que en Madrid, donde la ví hace poco, se aplaudió muchísimo. Tiene el inconveniente, para Barcelona, de ser muy madrileña, y tal vez no pueda saborear el público todas sus bellezas.

En Novedades se defiende como bueno el distinguido actor Miguel Cepillo que en algunas obras, *Un inglés y un viscaíno*, por ejemplo, está inimitable y parece que por él no han pasado años.

¡Bravo, don Miguel! Es usted un valiente veterano, digno representante de tiempos más gloriosos para el teatro.

La compañía *realista* de la Granvía se ha reforzado últimamente con el concurso del popular hipnotizador Mr. Onofroff.

La empresa se esfuerza por dar variedad al espectáculo, que muchas noches resulta á cinco céntimos la pieza.

Sirvan estas rápidas noticias de preámbulo para crónicas posteriores en las cuales pensamos dedicar atención preferente á los espectáculos públicos.

Ya tenemos los barceloneses luz eléctrica hasta en la despensa

Lo que habrá muchos que no tendrán despensa.

Ahora vamos á tener tranvías y ferrocarriles con tracción por el mismo sistema del fluido misterioso.

Tranvías eléctricos, coches automóviles, bicicletas... dentro de poco no se van á emplear caballos más que para las corridas de toros, eso sino se implanta la moda de picar pedaleando.

Indudablemente progresamos.

Y... y no va más, como dijo el otro.

La semana próxima procuraré ser más ameno, si las circunstancias me lo permiten y me soplan las musas.

PABLO DE SEGOVIA

¡DE MASIADO TARDE!

(NOVELA ORIGINAL)

POR

SALVADOR CARRERA



DANIEL, el protagonista de la primera novelita que tengo el gusto de dedicar á las amables lectoras de esta ilustrada publicación, había nacido en Madrid, donde residía, en un piso cuarto del barrio de Pozas, y en compañía de su hermana Dolores, linda y hacendosa muchacha

que, en la época á que se refiere el relato, acababa de cumplir veinte años.

Su compañero y mentor la aventajaba en siete.

Se querían entrañablemente; vivían el uno para el otro, como suele decirse.

¡Qué mucho, si apenas conocieron al autor de sus días, y vestían aún luto por la pérdida reciente de su cariñosa madre!

Al abandonar ésta un mundo en que cada hora de placer costóla ciento de dolor, el lazo fraternal que les unía

se convirtió en nudo indisoluble.

Acatando gustosos el último deseo de la moribunda, juraron ambos que no se separarían jamás y que compartirían los goces y amarguras de su existencia, empezada bajo tan tristes auspicios.

Cuando salió de aquella casa, en donde nunca se conociera la abundancia, el cuerpo yerto del misero empleado en correos que, á costa de su salud, la sostenía; entró, con todo su cortejo de pesares, el fantasma aterrador de la pobreza.

Daniel y Dolores eran muy niños; la desconsolada viuda, quitándose de la boca el pan ganado á fuerza de incesante trabajo, que, gracias á la habilidad de sus manos, no la faltaba, pudo atender á la subsistencia de sus hijos y cuidar al propio tiempo de su educación; pero, la fatalidad, empeñada en perseguirles, la quitó este postrer recurso, enviándola una parálisis, mil veces más horrible que la muerte.

¡Cuál no sería el desconsuelo de la desdichada señora, al verse postrada en su lecho ó clavada en una silla, cuando tanta necesidad tenían de ella los retoños, todavía tiernos, de su malogrado amor!

Malvendiendo las pocas alhajas que aportó al matrimonio ó la regalara su esposo, logró tirar por espacio de algunos meses; agotadas éstas, hubo de recurrir á los prenderos, quienes, abusando de su angustiosa situación, la saquearon á mansalva... quedándose en breve, sin joyas, muebles, ropas... ni dinero, aterida de frío en el invierno y sitiada por el hambre en las cuatro estaciones del año.

¡La desesperación hace milagros!

A pesar de haber cumplido únicamente los dieciséis, Daniel, que... mostrando desde la infancia decidida afición al divino arte de Apeles, cultivaba la pintura con tanta voluntad como excasez de medios, acarició la ilusión de reemplazar á la imposibilitada, en la difícil tarea de sostener, con sus débiles hombros, el techo del hogar, que por momentos se les venía encima.

El éxito coronó, en parte, tan loable empeño; el pequeño artista tropezó casualmente con un comerciante... de portal, hombre ducho en la materia; quien, por los ensayos que le presentó el muchacho, adivinó el partido no flojo que de él podía sacar, ofreciéndole acto continuo su protección... en provecho propio.

Ebrio de gozo y con un ardor incomprensible á su

edad, se dedicó Daniel al trabajo, mezquinamente remunerado, de pintar tablitas, porcelanas, conchas y pande-retas, conforme el mercader de cuadros se les iba encargando, cada vez más contento de su adquisición.

¡No había de estarlo, si el futuro artista le surtía de todas esas baratijas... á peseta la pieza!

De sobra advertía éste que su protector le explotaba indignamente; pero, temeroso de perderlo todo, no osaba exigir mayor precio... trabajando día y noche para llegar á un jornal que otros, con menos mérito, ganaban en un cuarto de hora.

¡Daniel era feliz! su madre y su hermana disfrutaban por él de un bienestar relativo; no ambicionaba mejor galardón.

Presto, aquel infatigable peón del arte, en la humilde esfera donde giraba, tuvo sus admiradores; vendiéndose, como pan bendito, las modestas manifestaciones de su aprisionado talento.

El lo ignoraba. Buen cuidado ponía el explotador en ocultarle sus triunfos; decíale, por el contrario, que le costaba mucho dar salida al género... con el santo fin de que no se envalentonara y exigiera cambio de tarifa.

Cuatro años transcurrieron de este modo. Digo mal; al llegar las Navidades, en concepto de aguinaldo, el generoso mercader, con la sonrisa en los labios, anunciaba á su protegido, que en el siguiente le abonaría un realito más por tabla, porcelana, concha ó pandereta.

Merced á esas sucesivas concesiones, al cumplir los veinte, Daniel, que se retorció ya las guías del bigote, valía el doble, pues en doble precio ¡el de dos pesetas! se cotizaban sus obras.

No se limitaron á esto las bondades del espléndido protector de los artistas, sino que le concedió permiso para que pintara marinas y paisajes de treinta centímetros por dieciocho, al tipo de quince reales; sumamente razonable, si tenía el joven en cuenta que él, con marco y todo, los vendía á treinta y dos.

Para no pecar de difuso, prescindiré de otros detalles, sobre el particular, conocidos al dedillo por algunas de nuestras celebridades pictóricas; limitándome á consignar que, á la muerte de su madre, en medio del dolor que le agobiaba, tuvo Daniel el inmenso consuelo de poder comprarla un nicho en el cementerio y costear decorosos funerales en sufragio de su alma.

Los dos hermanos, conforme he manifestado, se amaban entrañablemente. Nada turbaba la plácida armonía de su modesta morada; salvo los instantes en que el re-

cuerdo de los seres perdidos nublaba su rostro, brillaba en él constantemente el sol de la felicidad.

De la noche á la mañana, Dolores creyó observar que Daniel andaba triste y preocupado.

Al pronto, no le concedió importancia; pero, aquella tristeza y preocupación, acentuándose en gran manera, la hicieron comprender que sus observaciones eran ciertas.

—¿Qué tiene? — se decía, acongojada; — ¡malo será, cuando no me lo confía!

Incapaz de dominar su inquietud se decidió á interrogarle.

Negó el joven, procurando persuadirla de que no abrigaba motivo alguno de disgusto.

Como no mentía ni en broma, la huérfana reconoció que efectivamente sus temores carecían de base.

¡Poco duró esa ilusión! la melancolía siempre creciente de su hermano, su visible mal humor, estaban en abierta contradicción con sus palabras.

Convencida de que la engañaba, hizo nuevas tentativas para saber la verdad; sólo consiguió que aquel la tachara de visionaria y molesta!



Pero, Dolores, acostumbrada á leer en los ojos de Daniel lo que pasaba en su corazón, vió claramente, al través de la sonrisa con que se esforzaba en alegrar su semblante, las indelebles huellas de un recóndito pesar.

No hay frases con que expresar el sentimiento de la pobre huérfana.

Bastaba que su hermano sufriera, para que ella no tuviese punto de reposo.

En una hermosa tarde de Mayo, á la hora en que el sol, próximo al ocaso, bañaba con sus pálidos resplandores el taller del pintor, hallábase sentado éste frente al caballete, con la paleta en una mano y el pincel en la otra.

Caída la cabeza, revelando en su actitud hondo pesar ó material desaliento, contemplaba extasiado, con los ojos humedecidos por el llanto, un delicioso busto de mujer, pintado sobre el lienzo, de regular tamaño, que el caballete sostenía.

La imagen que de tal suerte subyugaba á Daniel, era merecedora en verdad de aquel tácito homenaje, pues más que á criatura humana, correspondía por su rara belleza y celestial dulzura, á una virgen de Murillo.

Comparando el ser real con el pintado, observábase en ellos identidad de sentimientos, cual si estuviesen en secreta inteligencia: diríase que entre el retrato y el artista existía misteriosa atracción; que se comprendían mutuamente; que se hablaban en silencio.

Sabe Dios cuanto tiempo se prolongara la abstracción del pintor, á no sacarle de ella Dolores, quien,



penetrando á la sazón en el taller, acercóse de puntillas á su hermano, tocóle en el hombro y le preguntó... con triste acento:

—¿Qué es esto? ¡lloras!

Levantóse Daniel sobresaltado, como si despertara de un mal sueño, y... correspondiendo á la cariñosa demostración de la joven, respondióla sin vacilar:

—¡Llorar yo! no por cierto, ¿á santo de qué?

—En vano lo niegas; ¡todavía hay lágrimas en tus pupilas!

—¡Aprensiones tuyas! Te has empeñado en mortificarte y mortificarme.

—¡No me falta motivo! ¡Eres un ingrato! Si me ha-



cías antes participe de tus alegrías ¿por qué te opones ahora á que comparta tus penas?

—¡Dale! ¿No te digo que nada tengo?

—¿A ver? mírame á la cara.

—¡Dolores!

—¿No te atreves? ¡claro! Temes que observe tu turbación.

—Te ruego que me dejes en paz.

—Perdona si te contrarío; pero es forzoso que me escuches.

—¡Qué pesadez!

—Dos meses han transcurrido desde que observé en ti ese cambio inexplicable. Al principio, se manifestó tu malestar por una extraña melancolía y algún suspiro que otro, tan intempestivo como elocuente; después, se tradujo en gemidos angustiosos y frecuentes pesadillas, que interrumpían de noche tu reposo; y al cabo... ¿Quieres que te recuerde el día en que derramaste la primera lágrima?

—¡No me atormentes más!

—El día en que tu trémula mano comenzó á bosquejar en ese maldito lienzo...

—¡Dolores!

—Esa pintura ha turbado tu tranquilidad y quebrantado tu salud. ¡En mal hora se te ocurrió la idea del... Dime, Daniel: ¿el rostro que aquí trazaron tus pinceles, pertenece á un ser real ó es invención tuya?... ¿Callas? ¿No merezco ya la confianza de mi hermano?... ¡Habla, por caridad! ¿Existe esa mujer?... ¿la amas?

El interpelado estremeciéndose, á pesar suyo, y... suspirando con visible angustia, respondió:

—¡No me lo preguntes!

—Existe, sí; ¡y ella causa tu martirio! ¡Qué mala debe ser, cuando así te hace sufrir!

—Modera tus palabras, Dolores; ¡ni de ti sufriré que la agraves!

—¡Ah! ¡Te has vendido! ¡Ves como tengo razón! Esa mujer labra tu desventura... y la mía. Lo presentí, Daniel. Por esto, su vista me subleva, y... sin conocerla, la odio. Más de una vez he estado tentada de hacerla trizas bajo mis pies.

—¡Ay de ti!—exclamó Daniel, interponiéndose rápidamente entre su hermana y el lienzo, para protegerle contra aquel justificado rencor;—si á tanto te atrevieras... no sé dónde me conduciría la desesperación. ¡Maldeciría, acaso, los lazos que nos unen!

—Según eso, ¿la quieres más que á mí!—murmuró la doncella, transida de dolor.

—Respeto mi secreto; no encones la herida que tu pobre hermano lleva en el alma.

—¡Cruel! pues ¿en quién hallarás consuelo?

—¡Ni en ti ni en nadie!

—¡Resignación se necesita para verte padecer... solo!

—Oye, Dolores; si en algo aprecias mi entrañable afecto, no vuelvas á interrogarme sobre el particular. En esa tela que miras con tanto enojo, se encierran mis ilusiones todas, un presente de amargura y un porvenir... más triste todavía. Sea sagrada para ti; trátala como á mí propio; no la mires con prevención; en ella

se refleja mi alma; ¡es el único rayo de verdadera inspiración que me ha concedido el genio!

—¡Pides poco menos que un imposible!

—Te lo exijo... ¡te lo ruego!

Bajó Dolores la cabeza, en señal de asentimiento, y... disimulando la emoción que la embargaba, abandonó paso á paso el estudio del pintor, mientras éste reanudaba infructuosamente su trabajo, á los oscilantes reflejos de la luz crepuscular.

Cuatro días después, y breves momentos antes de que la parroquia próxima pregonara las doce, un violento campanillazo en la puerta del humilde cuarto donde habitaban los dos hermanos, sobresaltó á Dolores que se hallaba entregada á su labor.

Daniel estaba en su dormitorio, vistiéndose para aparecerse con el mercader de cuadros, quien le había citado con gran prisa.

Salió aquélla á abrir; quedándose sorprendida ante los que llamaban.

Eran estos, un caballero anciano y un joven militar.

Los dorados cordones que en el hombro y brazo izquierdo ostentaba el segundo, revelaban la categoría del primero.

Dolores adivinó, desde luego, en los desconocidos, á un general y su ayudante.

—¿Don Daniel Herrera?—preguntó el de más edad, leyendo el nombre en una tarjeta que tenía en la mano;—¿vive aquí?

—Sí, señor; sírvanse pasar adelante.

Precedidos de la doncella, penetraron ambos en el estudio del artista.

—Con su permiso voy á avisarle; ustedes dispensarán si tienen que aguardar un poco. Se está vistiendo para salir.

—No le hace,—contestó con rudo acento el anciano, hombre cuyo rostro cejijunto infundía cierto respeto, y que, pese á su carácter bondadoso, hablaba siempre, por costumbre, en són de mando;—esperaremos á que se vista.

—Háganme el obsequio de tomar asiento.

—Dispense... otra pregunta. ¿Es usted su esposa?

—No, señor; su hermana.

—¡Ah! ¡por muchos años! Pues, avísele usted y vuelva con él. Tengo el encargo de ver á los dos.

(Se continuará.)



En cumplimiento de un grato deber de cortesía, de acuerdo con los sentimientos de nuestra propia voluntad, saludamos respetuosamente á la prensa española y americana y á la de Europa entera, á la que pedimos su valioso apoyo y ofrecemos nuestro humilde concurso.

Hacemos á la vez público el testimonio de nuestra gratitud á los artistas y literatos españoles que, con noble entusiasmo y emulación digna de todo elogio, han puesto sus talentos al servicio del ALBUM SALON.

Saludamos también al público, de cuya ilustración y benevolencia esperamos desinteresado apoyo, ya que no por nuestros méritos, por nuestro noble esfuerzo para dotar á España de una ilustración digna de la cultura de nuestro pueblo.

En otro lugar de este mismo número, hallarán nuestros lectores el programa de NUESTROS PROPOSITOS y las condiciones materiales de la publicación.

Tenemos el gusto de anticipar á nuestros lectores el

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA: Un hermoso cuadro de Cecilio Plá, alegórico al mes de Noviembre.

PÁGINAS EN COLOR: SS. AA. RR., las infantas María de las Mercedes y María Teresa; fotografías de Valentín Gómez, de Madrid, artísticamente iluminadas.

Húsares de Pavía: cuadro de J. Cusachs.

En la feria de Murcia: cuadro de Joaquín Agrasot.

En el Parque: cuadro de María de la Visitación Ubach.

Coro de la Catedral de Burgos: acuarela de F. Brunet y Fita.

PÁGINAS EN NEGRO: El segundo beso, artículo de Luis de Val, ilustrado por Cuchy.

Grupo escultórico, por Campeny, reproducido directamente.

El desnudo en el arte español, artículo de José Ramón Mélida.

El gobernador de Barcelona y su familia, fotografía de Xatart, hecha exprofeso para ALBUM SALON.

Crónicas ligeras, por Pablo de Segovia.

Taller en Roma del célebre pintor español, Enrique Serra, reproducción directa.

¡Demasiado tarde! (continuación de la novela), por Salvador Carrera.

MOSAICO.

MÚSICA: Nuestra Señora de París, por el maestro Giró.

LIBROS PRESENTADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

En esta sección, daremos cuenta de todos los libros que nos sean remitidos, haciendo un sucinto juicio crítico de los que se nos manden dos ejemplares.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

